

# FRESA Y CHOCOLATE

---

Senel Paz

La Habana, 1994

VERSIÓ TEATRAL DEL RELAT DE SENEL PAZ *EL LOBO, EL BOSQUE Y EL HOMBRE NUEVO*. MÉXICO D.F.: EDICIONES ERA, S.A. DE C.V., 1991.

OBRA PUBLICADA A LA REVISTA *TRAMOYA* [XALAPA: UNIVERSIDAD VERACRUZANA] N. 45 (NOVA ÈPOCA), (OCTUBRE-DESEMBRE DEL 1995). P. 5-30.

ESTRENADA A L'ESTAT ESPANYOL, A SEVILLA, AL TEATRO IMPERIAL EL 14 DE GENER DE 1998. A BARCELONA ES VA PRESENTAR AL TEATRE PRINCIPAL DEL 7 D'ABRIL AL 17 DE MAIG DE 1998. POSADA EN ESCENA, DIRECCIÓ, DRAMATÚRGIA I DISSENY D'ESCENOGRAFIA I LLUMS: CARLOS DÍAZ. REPARTIMENT: VLADIMIR CRUZ, FERNANDO HECHERRÍA Y ALFREDO ALONSO. UNA PRODUCCIÓ DEL TEATRO EL PÚBLICO, DE CUBA AMB LA COL·LABORACIÓ DE HIVOS I EL FESTIVAL DE CINE Y LITERATURA LATINOAMERICANOS DE ROTTERDAM.

## PERSONAJES:

DAVID. Joven campesino que estudia Ciencias Sociales en la Universidad de La Habana. Es militante de la Juventud Comunista. 20 años.

DIEGO. Culto. Cuarenta años o un poco más, aunque puede aparentar menos.

MIGUEL. Un joven de ciudad, compañero de estudios de David. También militante de la Juventud Comunista. Bien parecido.

*La acción se desarrolla en La Habana, en cualquier fecha posterior a 1970.*

## Cuadro primero

*Al iluminarse el escenario, DAVID aparece sentado en una mesa. Tiene delante una copa de helado que no ha probado. Permanece un rato en silencio.*

DAVID (*al público*): Hay días en que uno lo ve todo gris. Le parece que nada vale la pena y que las cosas no cambiarían mucho si estuviera en otro lugar. Da lo mismo La Habana, Estocolmo o la Cochinchina. ¡Pero yo soy de los que creen en el espíritu humano! ¡Y voy a seguir creyendo! ¡Los que vencen son los que resisten y luchan! (*Pausa.*) Pero hay días... Es la depresión. Y cuando uno tiene la depresión lo mejor es irse a un rincón donde nadie lo mire ni le hable. Pero yo, aquel día, vine aquí, a Coppelía, la heladería más grande y bulliciosa no de La Habana sino del mundo entero. ¿Por qué vine aquí? El destino, supongo.

*Entra DIEGO, evidentemente homosexual, cargado de bolsas y con una copa de helado en una bandeja. En cuanto ve a DAVID se dirige a su mesa, en la que hay una silla libre.*

DIEGO: Con permiso. Excusez-moi. ¿Puedo sentarme?

DAVID: ¡Dios mío, una local! ¿Por qué viene a mi mesa? Hay puestos vacíos por todas partes. ¿Me habrá visto cara de qué? ¿Y si pasa alguien de la universidad y nos ve juntos, qué va a pensar? (*Inicia un movimiento para abandonar la mesa, pero se detiene.*) ¡No! Puede montarme un teatro. (*Como una loca.*) «Pipo, ¿adónde vas? Te juro que no miré a nadie, mi cielo. Sólo tengo ojos para ti». Esta gentuza es capaz de cualquier cosa. Lo mejor es ignorarlo. (*Comienza a tomar helado a toda prisa.*)

DIEGO (*ya instalado*): ¡Niño! Te va a dar la punzada del guajiro.

*A DAVID le viene un acceso de tos.*

DIEGO: No pude resistir la tentación... La fresa es mi sabor preferido. El tuyo, ya veo: chocolate. (*Prueba el helado.*) Ex-qui-si-to. Lo único bueno que hacen en este país. Ahorita los exportan, y para nosotros, agua con azúcar. (*Encuentra una fresa en el helado.*) ¡Uy, una fresa! Hoy es mi día de suerte... Encuentro maravillas. (*Coloca la fresa en el borde del plato.*) Ahí te quedas, para lo último, y si alguien quiere no seremos egoístas. ¿Alguien quiere? Él es sordo. Bueno, volemós en alas de la imaginación ya que en otra cosa no se puede. Estamos en un café de Les Champs Elysée, à côté de Notre-Dame, derrière la tour Eiffel. Où est Le Cahier du Cinéma? (*Saca de una bolsa varios libros que coloca sobre la mesa intencionalmente cerca de DAVID. Toma una revista.*) ¡Voilà! (*Finge entregarse a la lectura.*)

*Los libros llaman inmediatamente la atención de DAVID. Trata de leer los títulos. Un cambio de página de DIEGO lo hace volver al helado. Enseguida retorna a los libros, hasta que DIEGO lo sorprende goloseándolos.*

DIEGO: Mejor los guardo, ¿verdad? (*Los guarda.*) Ha sido una imprudencia imperdonable. Nuestros policías son cultos: si pasa uno y nos agarra con este material, ¡muchacho!, mañana mismo estamos cortando caña en un campo de concentración.

DAVID: ¿Qué campo de concentración? Aquí no hay campos de concentración.

DIEGO: Bueno, en un campo de caña. (*Confidencial.*) ¿Te interesaron? ¿Quieres leerlos? En casa tengo una biblioteca. ¿Vamos de un saltico y escoges los que te gusten?

DAVID: Yo no voy a casa de... gente que no conozco.

DIEGO: Aprovecha, niño, ¿dónde vas a conseguir estos libros? Son extranjeros. Novedades.

DAVID, de manera muy ostensible, se pasa un carnet de un bolsillo de la camisa a otro.

DIEGO: Ah, capté. Militante de la Juventud Comunista. Sólo puedes leer los libros que te autoriza el Partido. ¡Los forras, viejo, ten imaginación!

DAVID: ¡No tengo que forrar nada! Leo lo que me da la gana, y no tengo deseos de hablar. ¿Está bien?

DIEGO: Uy, perdona. Qué mal humor. ¿Estuviste anoche de guardia? Sólo quería que vinieras a casa para que vieras los libros y mostrarte unas fotos de cuando actuaste en *Casa de muñecas*.

DAVID: ¿Fotos más? ¿Fotos de la obra?

DIEGO: «Nora» y «Torvaldo». El premio de actuación te lo quitaron.

DAVID: ¿Tú tienes fotos más?

DIEGO: Claro, soy fotógrafo. Quedaste maravilloso. A todo el que se las enseñó queda encantado contigo. Hasta me ofrecen... (*Indica que plata.*)

DAVID: ¡Tú no puedes tener fotos más! ¡Me las tienes que dar todas, con los negativos!

DIEGO: Por supuesto, son tuyas. Vamos a buscarlas.

DAVID: ¿Dónde tú vives?

DIEGO: Aquí cerquita. A un pasito.

DAVID: ¿Con quién?

DIEGO: Solo. No, con mi familia. Mis padres, mis primos y unas tías que no salen nunca. Vamos, y te hago un té.

DAVID: Yo no tomo té. (*Se incorpora.*) Te espero en la esquina. No me hables ni me mires. Vas delante y yo te sigo. (*Sale.*)

DIEGO (*cuando DAVID ha salido, al público*): Siempre hay un modo de conquistar a un mancebo. A unos de éste, a otros de aquél. Pero todos caen, todos tienen su punto débil. (*Ahora se encuentra en la sala de su casa.*) ¿Cuál se resiste a una invitación a Varadero? Con los gastos pagos, por supuesto. Por esta casa han pasado de todos los colores y tamaños, ¡y con cada tamaño!, que esa es la especialidad de la Isla. Pero al final, ¿qué? ¿Cuántas palabras pronunciadas entre estas cuatro paredes merecen la pena ser recordadas? Mira que los jóvenes hablan bobería. Entre más grande la tienen, más boberías dicen. Quizá es que estoy viejo. Los maricones también nos ponemos viejos, y no hay nada más triste que un maricón viejo. No: es que soy sentimental. Un romántico, se decía antes. ¡Me ilusioné tanto con aquel sueño del hombre nuevo! En esta Isla comunista y tropical iba a surgir un Hombre Nuevo, todo músculo y sensibilidad. ¡*Mens sana in corpore sano!* Aportaríamos al mundo, además del mejor azúcar, el mejor tabaco y los mejores vicios, ¡el Hombre Nuevo! Lo pensaba invitar a mi Guarida —así le llamo a esto—, brindarle té en tazas de porcelana de Sèvres, leerle poemas de amor del XIX cubano—, y al caer la tarde, ¡a gozar en la cama! Pero nada. Como tantos otros experimentos del régimen —sin ánimos de criticar, yo en política no me meto—, no dio resultados. Ni hombre nuevo, ni vacas que dieran cien litros de leche por día, ni nada. Cuando yo vi a este muchacho en aquel Festival Nacional de Aficionados... (*En situación.*) ¡Diego, el Hombre Nuevo! Míralo, interpreta a Torvaldo. ¡Por fin el amigo que tanto has esperado! (*Otro tono:*) Tenía dieciocho años y yo acababa de saltar la talanquera de los cuarenta. (*En situación, aplaude.*) Bri-

llante, estuvo brillante. Fui al camerino a llevarle mi tarjeta. *(Ante el camerino de DAVID, dispuesto a tocar. Se arrepiente en el último momento.)* ¿Y si a aquel Hombre Nuevo no le gustan los que somos «distintos»? ¿Y si me rechaza por... «diferente». *(Triste, se aleja.)* ¡Pero se me quedó grabado aquí! Ni votándome los sesos me lo hubiera podido quitar de la mente. Averigüé todo sobre él. Vivía en un pueblito a 320 kilómetros de La Habana, era hijo de labradores, tenía el primer expediente en la escuela y sobresalía por sus inclinaciones literarias. *(A la Virgen:)* Virgen de la Caridad del Cobre, mamacita, patrona de Cuba, Oshún, que este Gobierno, que en eso es tan magnánimo —como en otras cosas, hay que reconocerlo—, le otorgue una beca para la capital. Concédemelo. Te juro que no te faltarán tabaquitos ni frutas. Voy al Cobre de rodillas; o en tren, que es peor. *(Transición.)* Un día ando cerca de la Universidad... *(Vive el momento.)* «Germán, ¡ay!; mira quién viene por ahí; ¡David, el muchacho de que te hablé! Yo me desmayo. Viene para acá. ¿Dónde me meto? *(Reza:)* ¡Al combate, corred, bayameses! No, ese es el Himno Nacional. ¡Padre Nuestro que estás en los cielos santificado sea tu nombre venga a nos...! *(Mientras reza, el movimiento de su cabeza describe la trayectoria de DAVID hasta que éste desaparece.)* ¡Ni Einstein amó tanto unas escalinatas como yo aquellas de la Universidad! Pero no tuve la osadía de acercármele. No la tuve nunca, ¡hasta hoy! *(Se dirige a la puerta del apartamento, parado ante la cual está DAVID.)* ¡Avanti, avanti! ¡Payalsta, tabarich! ¡Bienvenido a La Guayra, un lugar donde no se recibe a todo el mundo!

DAVID *(en la puerta)*: Te advierto una cosa: no te vayas a equivocar conmigo.

DIEGO: ¿De qué equivocación hablas, niño? Pase el dueño y señor.

DAVID *entra*.

DIEGO: Perdona el desorden. Estas esculturas son una maravilla. Germán, el autor, es un genio aunque no lo parezca. Preparamos una exposición que va a ser un *succès*. Nos faltan algunos detalles, pero ya un amigo de una embajada nos está ayudando. Esta es tu casa. Ponte cómodo. Siéntate en esa butaca, que es especial.

DAVID: Busca las fotos.

DIEGO: ¿Las fotos? Ah, sí. ¿Sabes lo que pasa? En esta casa nunca aparece lo que uno busca. La última vez que yo las vi... ¡Voy a preparar un té!

DAVID: No, no. Te dije que no tomo té. No estoy enfermo de estómago. Busca las fotos.

DIEGO: Sí, niño, como no vas a tomar té. *(Sale.)*

DAVID *(al quedar solo, se dedica a inspeccionar el apartamento)*: Qué sitio más raro. La bruja de Blanca Nieves lo compraría sin pestañear. *(Registra un poco.)* Revistas en inglés, en francés. Un maricón políglota. *(Encuentra una caja con fotos. Las revisa sin hallar nada de interés.)* ¿Y si todo no es más que un cuento? ¡Claro, qué estúpido soy! Me vio en el Festival de Teatro e inventó lo de las fotos. ¡Qué no crea que se va a burlar de mí! *(Toma los libros que DIEGO mostró anteriormente y se dispone a salir. Se detiene.)* Quitarle cosas a un maricón no es robar; ¡Claro que no! *(Va a salir, pero al escuchar la voz de DIEGO suelta los libros.)*

DIEGO *(fuera de escena)*: Cuando voy a leer a John Donne o a Kavafis me siento en esa butaca. Sólo en esos momentos. *(Entra con el servicio de té.)* Siéntate en ella, por favor.

DAVID *se sienta*.

DIEGO: También hay bizcochos. ¿Conoces a John Donne y a Kavafis?

DAVID: No.

DIEGO: Ay, Dios mío, es lo que yo digo. ¿Cómo va a avanzar un país donde la juventud no lee a John Donne ni a Kavafis? Son dos poetas maravillosos. *(Le muestra dos libros.)* Soy el único en la ciudad que tiene traducción de sus obras. No me canso de circularlas entre la gente joven. Te pondré en la cola. *(Los guarda, aprovechando la ocasión para poner fuera de circulación también los de la heladería. Sirve una taza de té para DAVID.)* El té es la bebida de las personas civilizadas. Todos los personajes de Dostoievski lo toman. Y en Inglaterra ni se diga: a la cinco de la tarde la Gran Bretaña entera está alrededor de las mesas de té. *(Al ir a entregarle la taza, da un traspie y le derrama el líquido encima.)*

DAVID se levanta de un salto.

DIEGO: Ay, Dios. ¿Te quemé?

DAVID: Peor que eso. ¡Me manchaste la camisa!

DIEGO: Qué vergüenza. ¿Cómo me ha pasado esto a mí? ¿Quieres que le pase un trapito?

DAVID: No. ¡Quita! ¡La camisa de salir!

DIEGO: Te la lavo en un dos por tres. Acabado de caer tiene remedio. ¡Quítatela! ¡Quítatela pronto! ¡Vamos!

DAVID *(se quita la camisa y se la entrega)*: Lávala rápido.

DIEGO le echa una mirada y sale. DAVID, contrariado, se patea. Encuentra una manta y se cubre con ella.

DAVID: ¿Qué pensarán los vecinos? Me vieron entrar y no me ven salir. No hay manera de no salir cagao con un maricón.

DIEGO *(fuera de escena)*: La cuelgo en el balcón y se seca rapidito. Con este quitamanchas no va a quedar ni la sombra. Dios mío, ¿qué pensarás de mí? ¡Ya sé! ¡Te voy a resarcir de inmediato! *(Entra con dos bellas tazas de té que muestra con orgullo.)* Una sorpresa que te va a fascinar. *(Sirve el té y alcanza una taza a DAVID.)*

DAVID prueba el té. DIEGO aguarda expectante.

DAVID: Le falta azúcar.

DIEGO: No, sería un crimen. Pruébalo otra vez. Descubre el secreto.

DAVID *(bebe un sorbo)*: No estoy para secretos. Busca las fotos, anda.

DIEGO: Es té de la India, mi amor. Y la tazas son de porcelana de Sèvres.

DAVID mira el té. Bebe otro sorbo y lo aprueba por compromiso.

DIEGO: ¿Qué creías? *(Pone música. Se oye a María Callas.)* Qué voz la de esa señora. *(Se sienta frente a DAVID y bebe un sorbo de té.)* ¿No es maravilloso? Afuera el calor, la gente empujándose en las guaguas, los negros gritando, y tú y yo aquí, escuchando a María Callas y tomando té de la India en tazas de porcelana de Sèvres. *(Mira el reloj.)* ¡A las cinco de la tarde, como en Inglaterra!

DAVID: ¿Tú eres racista?

DIEGO: ¿Yo? No, ¿por qué? ¿Cómo voy a ser racista yo?

DAVID: Gracias a la Revolución el racismo se acabó en este país. Todos valemos lo mismo, por si no lo sabías: negros y blancos.

DIEGO: Claro. Yo sé muy bien lo que vale un negro. No son para tomar té. Es una lástima. Apartas la vista un instante y ¡zas!, desapareció el negro y la porcelana de Sèvres.

DAVID: Bueno, no voy a pasarme la tarde hablando boberías. Si las fotos no aparecen, vendré otro día. Tráeme la camisa aunque esté mojada.

DIEGO: Tienes razón. Hablemos de cosas serias. Propón tú el tema. No quiero imponerte nada. (Pausa.) ¿No se te ocurre ninguno? A ver, ¿has leído a Oscar Wilde? ¿A Gide? ¿A Lorca?

DAVID: Sí.

DIEGO: Pues entérate: todos tenían algo en común conmigo. Y no sólo ellos, también los guerreros más famosos y valientes de la historia. Alejandro amaba a Hefestión y Aquiles tenía a Patroclo. Era su amante. Científicamente está probado que el 80 por ciento de los hombres tiene alguna vez en su vida una experiencia homosexual sin que les afecte la personalidad.

DAVID: Yo estoy en el otro 20 por ciento.

DIEGO: Pues, querido, lo mejor es probar todas las copas y no asombrarse de nada. Mira, te contaré cómo me hice maricón.

DAVID (se levanta violento): ¡Ah, no! No tengo que oír eso. ¡Te advertí que no te equivocarás conmigo! (Sale furioso en busca de la camisa.)

DIEGO: Niño, espérate, no te pongas así. Oye, tú no me has comprendido. ¿Qué tú entendiste, a ver? No te puedes ir, la camisa está mojada. Las fotos, vamos a buscarlas. Los libros, mira. ¡David!

DAVID cruza la escena y sale con violencia.

DIEGO: ¡Coño!

Apagón. Se ilumina una zona del escenario. DAVID entra con violencia.

DAVID: ¡Debían tenerlos a todos picando piedras! ¡A todos! Ah, pero hice muy bien: no le acepté los libros y lo mandé para el carajo. (Como acusador:) ¿Lo mandaste para el carajo? ¿Cuándo lo mandaste para el carajo? David Álvarez, ¡estabas en casa de un maricón! (Como acusado:) ¿Y qué podía hacer? Si dice que tiene fotos de la obra tengo que asegurarme si es cierto, ¿no? Está bien, quizás sea un truco viejo; pero, ¿y si no lo era? (Como acusador:) ¡Tú, un militante comunista, un hijo de la Revolución, muy arrellanado en la butaca donde el maricón lee poemas, oyendo musiquita y bebiendo té en porcelana de Sèvres! Todo esto es muy confuso, David Álvarez. (Como acusado:) ¿Crees que siempre te las sabes todas? ¡Pues esta vez no. Tuve mis razones. (A MIGUEL, fuera de escena.) ¡Miguel! ¡Miguel!

Se apaga sobre DAVID y se ilumina otra zona del escenario. Allí está MIGUEL.

DAVID (fuera de escena): ¡Miguel! (Entra al espacio iluminado.) Ven acá, Miguel. Acabo de tener un problema. Estaba tomando un helado en Coppelia cuando viene un tipo y se sienta a mi mesa. Un tipo raro, ¿comprendes?

MIGUEL: ¿Qué tipo de tipo raro, David?

DAVID: Un maricón, chico. Pero ese no es el problema. Si sólo hubiera sido eso le habría sonado un trompón y ya. Tú sabes que yo a esa gente no las tolero. El asunto es más serio. El tipo se traía algo raro entre manos.

MIGUEL: ¿Algo raro? ¿Qué tipo de cosa rara, David?

DAVID: Algo político. En cuanto cogió confianza empezó a hablar mal de la Revolución.

MIGUEL: ¿Sí? ¿Qué decía?

DAVID: Ironías. Que si aquí lo único que hacen bien son los helados, que si hay literatura prohibida.

MIGUEL: ¿Y se lo permitiste?

DAVID: Pues sí. ¿Sabes por qué? Quería ver hasta dónde quería llegar. Me invitó a su casa.

MIGUEL: ¿A su casa? Ah, David, ése lo que quería era otra cosa.

DAVID: Te digo que no. ¿Acaso soy bobo? ¿Me voy a dejar embromar por un maricón? Tenía que averiguar cuál era su onda.

MIGUEL: Entonces, ¿fuiste a su casa?

DAVID: Sí. Tú hubieras hecho lo mismo.

MIGUEL: ¿Y qué encontraste?

DAVID: Revistas en inglés, libros extranjeros, y es racista. No toma café sino té, como los ingleses. Resultó un fanfarrón, pero salí de dudas. Porque hay que estar alerta, Miguel. Donde menos uno se lo espera el enemigo asoma el hocico. Éste se las da de artista: figúrate que hasta quiere montar una exposición con ayuda de una embajada.

MIGUEL (*muy interesado*): ¿Una exposición con ayuda de una embajada extranjera?

DAVID: Puro alarde, muchacho, puro alarde. Deberían tenerlos a todos encerrados.

*Apagón. Al iluminarse de nuevo el escenario, DAVID se dispone a tomar un baño. Se le ve preocupado. Se quita la ropa poco a poco hasta quedar desnudo. Entra a la ducha y comienza a bañarse. Se restriega el cuerpo con ansiedad.*

DAVID: Agua caliente, agua caliente. En la frente, en la cocorotina. Olvídalo, David, olvídalo. Olvida al maricón, olvida a Miguel, olvida el día. ¡Lo olvido, lo olvido, lo olvido! (*Se detiene.*) Dios mío, ¿me iré a volver un hijo de puta? (*Vuelve a restregarse.*)

*MIGUEL entra sin que DAVID lo advierta. Observa unos instantes a DAVID desnudo.*

MIGUEL: David.

DAVID: Sí, Miguel.

MIGUEL: Ya sé lo que vamos a hacer.

DAVID (*se cubre con la toalla*): ¿A hacer? ¿De qué hablas?

MIGUEL: De tu caso. De lo del maricón.

DAVID: ¡Ah! Olvida eso. Precisamente te lo iba a decir. Le di una importancia que no tenía. Olvídalo, muchacho. ¿Qué películas estrenan esta semana?

MIGUEL: ¿Olvidarlo? Imposible. Tenemos que estar en guardia, como tú dices. Hiciste muy bien en contármelo. ¿Tú crees que se puede esperar algo bueno de un tipo que no le es fiel ni a su propio sexo?

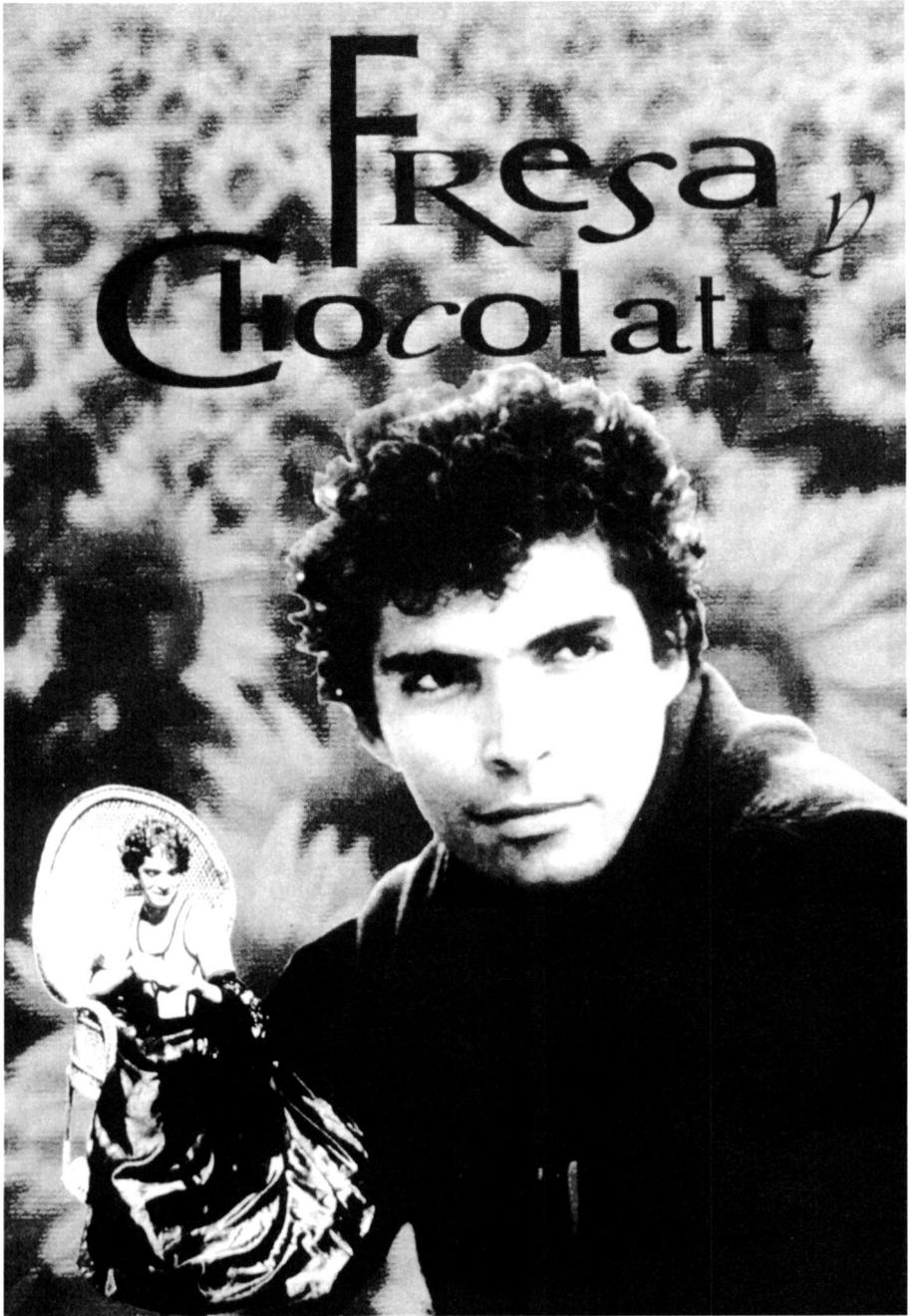
*Apagón. Luz sobre el apartamento de DIEGO; éste atraviesa la escena y se dirige a la puerta, ante la cual está DAVID.*

DIEGO: Va... (*Abre. Al ver a DAVID, la sorpresa lo deja momentáneamente mudo.*) David. (*Se repone un poco.*) Entra, entra.

DAVID (*sin entrar. Un poco nervioso*): Vine porque creo que el otro día se me quedó un libro.

DIEGO: Sí, sí, claro. Pasa.

*Una vez DAVID dentro, ambos se turban.*



*Cartell de la producció del Teatro El Público de  
Cuba de Fresa y chocolate.*

DIEGO (*le señala la butaca especial*): Siéntate. Es la butaca de John Donne.

DAVID (*se sienta*): El poeta.

*Otro silencio embarazoso.*

DIEGO: Te debo una explicación por lo del otro día.

DAVID: No me debes nada. En todo caso yo a ti. Fui el que se puso pesado. Me comporté como un campesino, no como un estudiante universitario.

DIEGO: No sé qué me pasó. Te juro que no soy así. Sólo quería, no sé, prestarte libros, conseguirte invitaciones para el ballet. Ya me imagino lo que debes pensar: que la bondad de los maricones es de doble filo. En este caso te aseguro que no, Una vez tuve un amigo basquetbolista... (*No sabe cómo continuar y calla.*)

DAVID: No pienso eso. Y de verdad, no estoy ofendido. Yo creo que la gente... Yo creo en la amistad.

DIEGO: ¿En la amistad... Entre tú y yo?

DAVID: Sí, ¿por qué no? En la amistad; lo otro es otra cosa.

DIEGO: Claro, claro. Yo también hablo de la amistad. ¿Crees que nosotros podemos ser amigos?

DAVID: ¿Por qué no? A ti te interesan la cultura y los libros; a mí también. Yo escribo; quiero ser escritor.

DIEGO: Lo sé. En realidad sé muchas cosas de ti. No es que sea un detective ni que me dedique a averiguar la vida de las personas. Tengo amigos en la universidad que te conocen de vista. Me gustaría mucho leer tus textos.

DAVID: Son cosas personales, sin importancia. No se las enseño a nadie. ¿Encontraste las fotos?

DIEGO: No te preocupes. No es verdad que las tenga. Lo inventé para buscar un tema de conversación. Te vi aquella vez en el Festival de Aficionados y desde entonces pensé que sería bonito que fuéramos amigos. Una corazonada, y entonces aquel día en Coppelia... Pero comprendo que te perjudico.

DAVID: No me perjudicas. Si es una amistad respetuosa no me perjudica.

DIEGO: Es que, aparte de lo que tú sabes, tengo otros problemas.

DAVID: ¿Otros problemas? ¿Cuáles? En mí puedes confiar.

DIEGO: Soy creyente.

DAVID: ¡Ah! Yo materialista-dialéctico. Con no hablar de eso tenemos.

DIEGO: También he tenido líos con el gobierno.

DAVID: ¿Con el gobierno?

DIEGO: No hago guardias, no participo en los trabajos voluntarios, me carteo con extranjeros. En el trabajo tampoco me pueden ver, y los vecinos se fijan en todo lo que entra y sale de aquí.

DAVID: Mira, chico, yo pienso que cada cual tiene derecho a llevar su vida privada como quiera. La Revolución no se tiene que meter en eso.

DIEGO: Hoy pareces otro.

DAVID: Hoy soy como soy. El otro día me sentía mal. Estaba deprimido por un asunto personal. No quiero que te hagas una idea equivocada de mí. En realidad volví por eso. No soy ningún campesino retrasado con el que no se pueda hablar. Y me gustaría demostrarte que los revolucionarios no somos tan salvajes como tú nos pintas.

DIEGO: Si es así, todo está dicho. Yo encantado. ¡Vamos a celebrarlo!

DAVID: Sólo una cosa. Yo vendré aquí y eso, pero...

DIEGO: Ya sé. Si te veo en la calle no te conozco. No te preocupes. Concedido.

DAVID: No es por mí; es por la gente, tú sabes cómo son. Y otra cosa. Yo me llamo David. No me digas «mi niño», «mi amor», «papito». Dime David. Da-vid.

DIEGO: ¡No sabes la alegría que me estás dando, Da-vid! Vamos a celebrarlo con algo mejor que un té. *(Saca de un escondite una botella de whisky y la muestra.)* ¿Me aceptas un brindis... Con la bebida del enemigo?

DAVID: ¿Whisky? Oye, eso no se consigue fácil. ¿De dónde lo sacas? ¿Te lo suministra alguna embajada? Me tienes que dar el contacto.

DIEGO *(ofrece un vaso a DAVID)*: ¿No temes que te haga algún efecto ideológico?

DAVID: Cuando uno está firme en sus principios...

DIEGO: Bien dicho. Por nuestra amistad, y por el comunismo democrático. ¡Chin, chin!

*Brindan. Apagón.*

## **Cuadro segundo**

*Al iluminarse el escenario, DAVID se encuentra en el apartamento de DIEGO. Lleva shorty camiseta y su actitud se corresponde con la de quien se siente integrado en el sitio donde se encuentra. Lee un poema del libro que sostiene en las manos.*

DAVID: Porque amor casto entre dos  
Es colmo de las venturas,  
Y unirse dos almas puras  
Es ver a Dios.

Una mano la pedí,  
Porque en sus lánguidos ojos  
Y en medio a sus labios rojos  
Brillaba el sí.

Ella, al oírme, tembló,  
Y en mi largo tiempo fijo  
Su dulce mirar, me dijo  
Tímida: no.

Pero era un *no* cuyo son  
Pone al corazón risueño:  
Un *no* celeste, halagüeño,  
Sin negación.

Por eso yo la cogí  
La mano, y con loco exceso  
A imprimir sobre ella un beso  
Me resolví.

(Al público.) Bello, ¿verdad? Es de José Jacinto Milanés, poeta cubano, (lee del libro;), nacido en Matanzas el 16 de agosto de 1814. ¡Que en Cuba se escribiera así en el siglo XIX! (Otro tono:) Tengo llave del apartamento, abro el refrigerador cada vez que se me antoja, dispongo de los libros. ¡Qué biblioteca! Hay libros hasta debajo de las camas. (Junto al tocadiscos, un antiguo fonógrafo de bocina.) ¡Y música! De los viejos tiempos y de los actuales! (Canta una estrofa de Longina, de Manuel Corona; pone un disco de Los Van Van. Baila.) ¡Hasta he perfeccionado mi baile! (Imitando a DIEGO:) «La música y el baile son el verdadero arte popular de este país. Y religión, la Santería, mi vida». (Hace unos pases de despojo.) Este Dieguito es mucho Dieguito. (Como DIEGO:) «David Álvarez, a la par que con la literatura universal, tienes que empaparte de la nacional». (A medida que cita los libros hace como si los entregara y como si los recibiera.) «Aquí tienes: *Lo cubano en la poesía*, de Cintio Vitier. *Martí, el apóstol*, de Jorge Mañach. Un tesoro: *El monte*, de Lydia Cabrera. Fórralo». (Como DAVID:) Todo esto bajito, bebiendo prú oriental o champola de guanábana y con la música alta, por los vecinos. (Comienza a escucharse a María Callas. Como DIEGO:) «Querido, hoy vas a la casa 257 de la calle del Empedrado: hay allí un vitral del siglo XVIII que no puedes dejar de ver. Esta tarde se inaugura una exposición del maestro Portocarrero. Aquí tienes la invitación. Pon mucha atención a cómo te vistes: esas camisas a cuadros que usas no le sientan ni a un irlandés...»

Entra MIGUEL.

MIGUEL: Oye, ¿ya sabes qué embajada ayuda al maricón?

María Callas se calla.

DAVID (sorprendido): ¿Eh? No, todavía.

MIGUEL: ¿Y a quiénes presta los libros?

DAVID: Le pregunto; pero no suelta. No es bobo. Si insisto demasiado va a sospechar.

MIGUEL: Si te ganas su confianza no sospecha. Llévale tus escritos.

DAVID: ¿Mis escritos? No. Son sagrados. No entran en este juego. Mira, Miguel, yo no voy a poder seguir en esto. Tengo que estudiar.

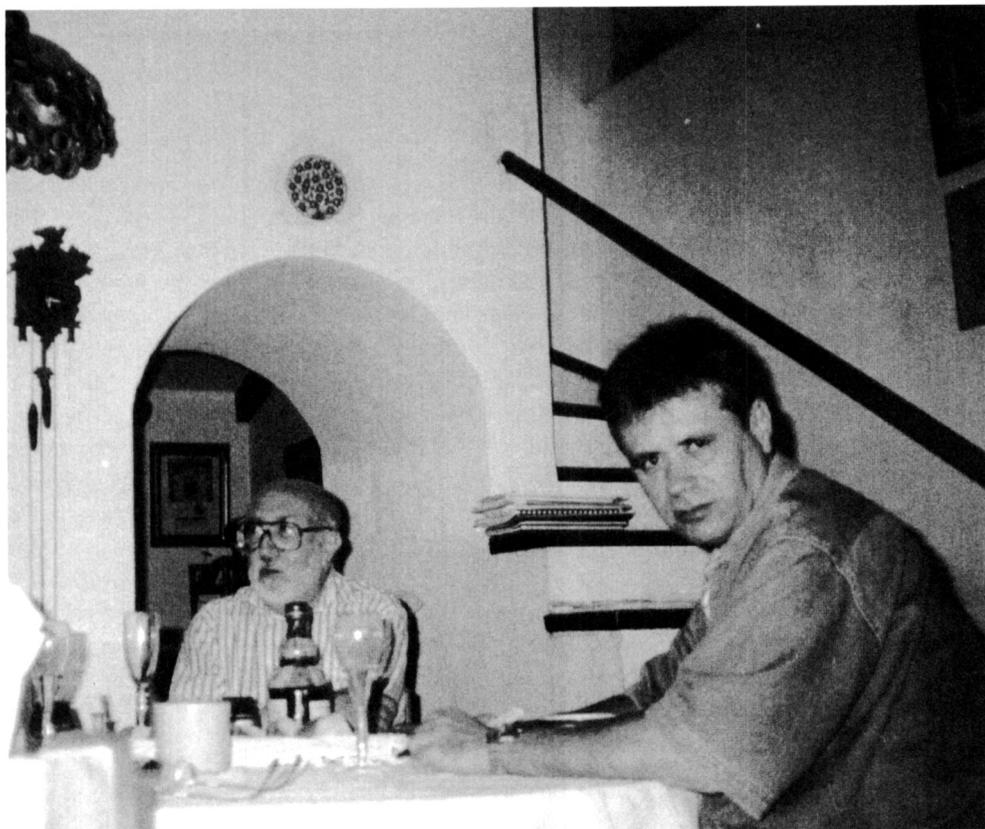
MIGUEL: No tienes nada más importante que hacer que esta misión. ¿Qué importan tus escritos? Peor es que tengas que echar mano a otro recurso. (Sale.)

Vuelve a escucharse a María Callas, y entra DIEGO asumido como la cantante. Cuando termina la interpretación, saluda al público, que lo aclama. DAVID también aplaude, entre divertido y burlón.

DIEGO (a DAVID): Los maricones, David, nos dividimos en tres grandes grupos.

DAVID: ¡Ah, no! ¿Otra vez el mismo tema? Yo soy plomero. Me voy a arreglar el salidero de la cocina. (Saliendo.) Los maricones nada más que hablan de mariconería.

DIEGO (al público): Los Homosexuales propiamente dicho, los *Uvas secas*; y las *Locas*. La clasificación la determina la inclinación del sujeto hacia el Deber Social o la Mariconería. Los *Homosexuales* somos aquéllos, en esta categoría me incluyo, para quienes el sexo ocupa un lugar en



*Emilio Carballido (esquerra) i Senel Paz (dreta) a la casa del primer a Jalapa, Mèxic. (Joaquina Soto)*

la vida pero NO el lugar de la vida. Como los héroes o los activistas políticos anteponeamos el Deber al Sexo.

Por ejemplo, si estoy en ese balcón leyendo «La fenomenología del espíritu», pongamos por caso, no levanto la cabeza ni aunque por la acera pase el más portentoso mulato habanero. El mulato que espere en la esquina. Quiero decir: la causa a la que nos consagramos, en mi caso la cultura nacional, está antes que todo. Es totalmente falsa y malintencionada la creencia de que somos sobornables y traidores por naturaleza. No señor, somos tan firmes y patriotas como cualquiera. Entre una picha y la Patria, ¡la patria! Y la decisión no siempre es fácil. Los *Uvas secas* son aquéllos que por temor o conveniencia política o social renuncian, o fingen renunciar, a su Verdad. Nunca miran de frente, y cuando dan la mano, aquello es algo frío y fofo, imposible de confundir con la de un verdadero hombre. En su afán por despistar llegan a tener dos y tres mujeres, cuatro o cinco hijos, y hasta fuman puros de este tamaño. Son terribles en puestos de funcionario. ¿Un maricón disimulado burócrata? ¡La muerte! Los

pobres, siempre acaban mal, porque un día no aguantan más, salen del *closet* y se le tiran a la portañuela al primero que pasa, que casi siempre resulta ser un policía... Prefiero a las *Locas*, que integran el tercer grupo pero no por ello el menos importante. Tienen todo el tiempo un falo parqueado en el cerebro y sólo actúan por y para él. Si el tiempo que invierten en parques y baños públicos o hablando de cosas que no saben lo dedicaran a tareas socialmente útiles, ya estaríamos llegando a eso que ustedes llaman comunismo y nosotros paraíso. Son las más rechazadas por el público, por el amaneramiento y ese estarse riendo sin causa a toda hora, pero son graciosísimas, muy hacendosas, y tan inofensivas a la sociedad como el picaflor entre los hombres, o las divorciaditas entre las mujeres. (*Otro tono:*) En definitiva, que como dice la canción: «cada cual goza con lo que le gusta, cada cosa tiene distinto sabor». Hay que entenderlo de una vez y por todas: la nuestra no es más que una pasión como cualquier otra. No es ni buena ni mala, ni mejor ni peor que las demás. Todos existimos en este paraíso bajo las estrellas, todos somos hijos de Dios. Y no lo digo yo, lo dicen mis escritores favoritos: «Las cosas desagradables de este mundo no se eliminan con mirar sencillamente hacia otro lado».

DAVID (*entra mojado, secándose con una toalla*): Ve a la cocina. Ya no hay salidero.

DIEGO: Es lo que yo digo. No hay como tener un hombre en casa. (*Extiende un sobre a DAVID. Reserva uno para él.*) Acaban de llegar. Invitaciones para el ballet.

DAVID: Ya te lo he dicho: yo no voy al ballet. No me gusta ese ambiente.

DIEGO (*ofendido*): ¡Qué ambiente ni qué ocho cuartos! No se trata de ambiente ni de gusto. Alicia Alonso baila *Giselle*, y cuando esa señora sube el escenario nada es más importante en esta ciudad. (*Deposita el sobre en el tocadiscos.*) ¡Aquí están! Ya que no puedo ser yo, busca una dama adecuada para que te acompañe.

DAVID: Se van a perder.

DIEGO: Confío en el poder de la tentación. ¿Y tus textos literarios, a ver? ¿Cuándo me los traes? Llevo un mes rogándote.

DAVID: Te dije que son cosas personales. No se las doy a leer a nadie.

DIEGO: ¡Pues tendrás que hacer una excepción! Milanés, Casal, Lezama: ellos ya hicieron lo suyo. Ahora te toca a ti. En la obra es donde está la verdad del artista, querido, no en los congresos ni en las declaraciones. Mañana quiero los textos aquí.

*Apagón. Se ilumina un área. DAVID hojea con emoción su cuaderno literario. Entra MIGUEL.*

MIGUEL: Poeta, qué difícil está usted de ver últimamente. ¿Me estás zafando el cuerpo o las nuevas amistades te mantienen muy ocupado?

DAVID (*oculta disimuladamente el cuaderno literario*): No... Es que... Me paso el día en la biblioteca. (*Cambia la estación; se oye música popular.*) Y mi tía, la de Guanabacoa, está enferma.

MIGUEL (*intentando una broma*): Cuidado con la biblioteca. Recuerda que los intelectuales tienen el pecado original. Oye lo que averigüé: sí trabajamos bien y le llenamos un buen expediente, al maricón le pueden echar diez años de cárcel.

DAVID: ¿Diez años? ¿Estás loco?

MIGUEL: ¿Eh, qué te pasa? Lo acusamos de tener propaganda extranjera, de desprestigiar a la Revolución, de beber *whisky*. ¿No planea una exposición con ayuda de una embajada?

DAVID: No, no. Ya no van a hacer la exposición. No consiguieron galería y se disgustó con su amigo escultor.

MIGUEL: Da lo mismo, la pensaba hacer. Tú eres testigo. Y circula libros extranjeros entre los jóvenes.

DAVID: Libros de poesía. Miguel, compadre, ¿no crees que estás exagerando?

MIGUEL: ¿Exagerando?

DAVID: Sí. ¿Qué nos ha hecho Diego? ¿Por qué no lo dejamos tranquilo?

MIGUEL: ¿Diego? ¿Ya no es «El maricón contrarrevolucionario»?

DAVID: No nos ha hecho nada. Tú ni lo conoces.

MIGUEL: ¿Cómo que no nos ha hecho nada? Se sentó en tu mesa en la heladería. ¿Le permitimos que pervierta a cuanto joven encuentre en la calle?

DAVID: Mira, la vida a él no le ha sido fácil. No es una mala persona, te lo aseguro. Tiene su problema, pero de ahí no pasa. Ten en cuenta que la Revolución no ha sido con él como con nosotros.

DAVID: ¡Ni tenía que serlo! Este país es nuestro. La calle, la universidad, son para nosotros. Los gusanos que se vayan para Miami, con sus amos. ¿Yo oigo mal o tú lo estás defendiendo?

DAVID: No lo estoy defendiendo, pero creo que hay que darle una oportunidad.

MIGUEL: ¿Una oportunidad? ¿Pero qué crees que es esto? ¿Comunismo francés? ¿Primavera de Praga? Mira, allí, a 90 millas, está el enemigo. Este país se ha ganado el derecho a ser libre en sus propias narices. Y lo ganamos con nuestra sangre, con nuestros cojones. Que no quieran ahora meternos quinta columna. ¡Ni gente con vicios, ni gente con dudas! ¿A ti qué te pasa?

*Apagón sobre ambos. Luz sobre DIEGO.*

DIEGO: No es fácil la amistad entre dos que son diferentes. *(Otro tono:)* Tampoco imposible... *(Transición.)* Tenía doce años y estudiaba en una escuela de curas. *(Asume el momento.)* Una tarde, no recuerdo por qué causa, precisé de encender una vela. No encontraba fósforos y pasé al dormitorio de los alumnos del último año, entrando, sin darme cuenta, por la parte de los baños. *(Transición. Como basquetbolista, canta mientras se enjabona bajo el chorro de agua:)*

«Nosotros, que nos queremos tanto  
debemos separarnos  
no me preguntes más...  
No es falta de cariño  
te quiero con el alma  
te juro que te adoro  
y en nombre de este amor,  
y por tu bien,  
te digo adiós...»

*(Como DIEGO-Niño, se deslumbra ante la visión del muchacho desnudo. No puede apartar la vista de él.)*

Era uno de los basquetbolistas del colegio. Un muchacho pelirrojo, de pelo ensortijado, con esa edad que no son los catorce ni los quince. Un chorro de luz, más digno de los rosetones de Notre-Dame que de la humilde claraboya de nuestra escuela, lo iluminaba desde lo alto,

sacando tornasoles de su cuerpo espléndido. *(Como el basquetbolista, se enjabona-acaricia el cuerpo mientras mira a DIEGO y se deja mirar. Se lleva una mano a los genitales; luego la ofrece a DIEGO, invitándolo a entrar bajo la ducha. Transición. Como DIEGO-Niño, deja la palmaria en el suelo, acepta la mano que lo invita, entra al baño, da la espalda y acusa el placer de ser poseído.)* Regresé al dormitorio con la vela apagada, ¡pero iluminado por dentro! Y con el pálpito de haber comprendido el mundo de sopetón. Dos días después, al ir a prender otra vela, me entero de que mi violador había muerto de una patada en la cabeza. Tratando de recuperar una pelota, se metió entre las patas del mulo que acarrea el carbón para la escuela, y éste, insensible a su belleza, le propinó una coz fulminante. Desde entonces mi vida ha consistido en eso: en la búsqueda del ideal del basquetbolista.

*En otra zona del escenario, luz sobre DAVID que, con el torso desnudo, duerme tendido en un sofá. En la mano que le descansa sobre el pecho, sostiene un libro. La luz es irreal, de modo que no sabemos si la escena es cierta o una ensoñación de DIEGO. Éste se acerca, contempla a DAVID, se sienta en el borde del sofá, retira el libro. Tembloroso, tiende una mano hacia el cuerpo del otro. Lo toca. Lo acaricia: los hombros, el pecho, el vientre. De pronto DAVID se despierta. Salta del sofá y propina a DIEGO un violento puñetazo que lo lanza lejos. La luz se apaga sobre DAVID, DIEGO, avergonzado, se cubre el rostro. Cuando se recupera, habla al público.*

DIEGO: La escena obligatoria, diría un dramaturgo. Los maricones siempre acabamos en lo mismo. ¡Pues no! No sucederá. Sé medirme y respetar como cualquiera. Él tiene razón. ¿Quiero que me respete como soy? Pues debo respetarlo como es. Me basta su amistad. El sexo banaliza y deprava. *(Otro tono:)* Diego, no crees lo que dices. ¿Por qué el Amor, la Belleza y la Amistad no pueden llegar juntos? La Divina Trinidad. *(Transición. Recupera su actitud primera, rechaza este juicio. Transición.)* Ah, ¿prefieres dártelas de recatado mientras lo tienes delante, y en cuanto se marche salir a la calle a que por 20 pesos el primer bujarrón que encuentres te penetre con la pasión del veterinario que insemina a una vaca? *(Otro tono:)* ¿Pero qué voy a hacer si no es maricón? ¡No lo es! No todo el mundo es maricón; esa es una falsa idea que nos hacemos los gays. Aunque parezca increíble, hay hombres que son hombres. Son machos, varones, masculinos. *(Otro tono:)* Nos queda la amistad, la coexistencia pacíficamente entre diferentes regímenes sociales, la no intromisión de uno en los asuntos internos del otro. *(Transición.)* Tiene un modo tan tierno de agradecer. Regalarle es una fiesta. Un libro, una piña madura, una camisa. Se ruboriza, se turba, no sabe si tomar o dejar el regalo. Pero acaba tomándolo. Quizás le ofrezco demasiado, le dedico mucho tiempo. Sí: la bondad en exceso es debilidad... O corrupción. ¿Son inocentes mis regalos o con ellos trato de comprometerlo? Con el afán de conducirlo adonde quiero cultivo su interés, sus cálculos, su oportunismo. ¿Y él? Cuando se deja regalar, ¿desconoce que mi necesidad de ofrecer es más grande y desesperada que la suya de recibir? ¿Acaso no se da cuenta de que mis sacrificios son mi gozo y éstos mis fragilidad? ¿Es así entre un hombre y una mujer? ¿Entre dos amigos «normales»? Creí liberarme cuando los llamé y se lo dije: «Mamá, papá, Tía Chucha, Ugenito: ¡soy maricón!» Pero no basta con decirte la verdad y decírsela a los demás. ¡Se trata de la felicidad! ¡De esta soledad terrible! ¡Y de estas dudas! ¡Me quiere o ve en mí más que al maestro, un proveedor, un bibliotecario, a la Madre Santa Teresa de Calcuta? ¡Quiero pasear con él por las calles de La Habana, sentarnos en un café, conversar en el malecón! ¡Ser amigos «normales»!

Comienza a escucharse «Adiós a Cuba», de Ignacio Cervantes. Luz sobre el apartamento de DIEGO. DAVID, sentado en la butaca especial, parece concentrado escuchando la música. DIEGO se vuelve hacia él, lo contempla, espera a que la música concluya.

DIEGO: Preciosa música, ¿verdad? Se llama «Adiós a Cuba». La compuso Ignacio Cervantes cuando se fue del país. Bueno, cuando se fue no, cuando lo botaron los españoles. (Como el Capitán General de la Isla:) «Cervantes, tenemos la certeza de que el dinero que usted recauda en sus conciertos pasa a manos de los insurrectos. ¡Lárguese antes de que me vea obligado a encarcelarlo!» (Como Cervantes:) «Me iré, sí, a los Estados Unidos, el país más próximo a Cuba donde podré seguir haciendo lo que hago».

DAVID: Diego, ¿por qué tú eres así?

DIEGO: ¿Así cómo? Ya te lo he explicado. Es perfectamente normal y sucede desde que el mundo es mundo.

DAVID: ¿Normal? ¿Llevar una vida oculta? ¿Hacer monerías?

DIEGO: ¡Yo no hago monerías! Y no tengo ninguna vida oculta. ¿Te he faltado el respeto? Soy como soy, se lo digo a todo el mundo, y eso no me impide ser tan decente y patriota como tú.

DAVID: ¿Sí? Tú no eres revolucionario. Tú no participas en la sociedad.

DIEGO: Porque ustedes no me dejan. Yo también tuve ilusiones, David. Me encantaron los barbudos cuando bajaron de la Sierra. Fui a alfabetizar a los 14 años. Fui a las montañas a recoger café. Quise estudiar para maestro y organizar un grupo de teatro en una comunidad. ¿Y qué pasó? Vino la «pureza ideológica», la prohibición de escuchar a Los Beatles, la persecución a los homosexuales como si nosotros tuviéramos la culpa de las cosas que no funcionan. Esto es una cabeza pensante, mi vida. Eso es lo que pasa. Que ustedes a quienes no dicen que sí en todo o defienden ideas diferentes, enseguida los quieren apartar. Por maricones, por religiosos, por lo que sea.

DAVID: ¿Y qué ideas «diferentes» defiendes tú? ¿Caerle atrás a los machos? ¿Montar exposiciones con esperpentos?

DIEGO: ¿Y tú qué defiendes? ¿Hacer guardias y cumplir metas tras metas aunque no les encuentres sentido?

DAVID: Yo defendiendo este país. Su dignidad. Su independencia.

DIEGO: ¡Y yo también! Sé muy bien lo que hay que defender. Mejor que tú. Yo tampoco quiero que vengan los americanos, ni nadie, a decirnos lo que tenemos que hacer. (Imita el habla y la gestualidad de un guapo de barrio.) «Asere, monina, ¿qué bola?, ¿y la jeva?» ¿Eso no es hacer monerías? Pero no, ellos son «machos». ¡Ríanse de mí! No me importa. Yo también me río de ustedes. Aunque no les guste, formo parte de este país. Es mío tanto como tuyo. Tengo el mismo derecho que tú a hacer cosas por él, exposiciones o lo que me dé la gana. Para que te enteres, comemierda. (Le da la espalda.) Hazme el favor de irte. Vete.

Lentamente, DAVID sale. DIEGO permanece en escena. La luz se apaga poco a poco. Se ilumina otra área. DAVID en el escenario.

DAVID: ¡Diego, Miguel! ¡Miguel, Diego! ¡Diego, Miguel! Me voy a volver loco. Entre las cuatro paredes de su apartamento soy más libre que con el otro a campo abierto. Yo también temo a ser distinto, a que me señalen y separen de la masa. Pero a mí no puede suceder eso. ¡Qué

va! Soy un muchacho ejemplar, disciplinado, dispuesto a dar la vida donde sea y cómo sea sin formular una pregunta, sin manifestar una inquietud interior. Si sobre algo pienso o siento diferente, ¿qué hago? Callo, acomodo mi idea «a la que debe ser», suplanto mi sentimiento por el de la gran mayoría. Me he construido un carácter *standard*, una personalidad *standard*, y tengo unas aspiraciones *standards*. No es posible que yo tenga un problema. (Pausa.) Querer a Diego no fue difícil.

*Toma su cuaderno literario, lo muestra con entusiasmo: ha encontrado la mejor excusa para reconciliarse con DIEGO. Se apaga sobre DAVID. Luz sobre DIEGO, quien hojea el cuaderno de DAVID mientras se pasea. DAVID entra a escena con cautela, aguardando el juicio con temor.*

DIEGO: Voy a serte franco, David Alvarovich: ¡no sirve! Esto no es literatura, es propaganda pura.

DAVID: ¿No te gusta ninguno? ¿Ni el de los obreros que van a la huelga?

DIEGO: Ése el menos. ¿Quién te dijo a ti que la huelga del 33 fue en el 25? Y tu español, querido, parece traducido del ruso por exiliados de la Guerra Civil Española. Te han hecho mucho daño las editoriales Mir y Progreso. Solo te faltó escribir *mujic* en lugar de *guajiro*. (Pausa. Deja sufrir un poquito al desilusionado DAVID.) Pero no te desanimes, cariño, talento tienes. Entre la hojarasca brillan pepitas de oro.

DAVID: ¿Tú crees?

DIEGO: Estoy convencido. Y has dado con el maestro indicado. Pido una licencia en el trabajo y me dedico a ti. Te voy a someter a un proceso de desintoxicación. Digo, si me aceptas como tutor.

DAVID: Te acepto, pero con una condición.

DIEGO (en guardia): ¿Cuál?

DAVID: Yo también voy a hacer algo por ti: también te voy a someter a un proceso de desintoxicación.

DIEGO: ¿Sí? ¿Me tengo que leer *El Capital*?

DAVID: Algo mejor. Con mi ayuda te vas a incorporar a la sociedad.

DIEGO: ¿Sí? ¿Y cómo ocurrirá ese milagro? ¿Lo autorizaron de allá arriba? Te advierto, lo mío no tiene cura.

DAVID: Diego, sé que has sufrido mucho y que en parte la Revolución es responsable. Pero debemos ser comprensivos. Eres una persona inteligente: no juzgues a la sociedad por tu experiencia personal.

DIEGO: ¿Ah, no?

DAVID: No. No te fijas en tu caso, fíjate en el mío. Estudié en la universidad, ¿y quién soy?: un hijo de campesinos.

DIEGO: Como Stalin.

DAVID: Hablo en serio. Somos un país pequeño que desea vivir de acuerdo con sus propias ideas. Eso es lo que no nos perdonan. ¿No es lo mismo que te pasa a ti, pero a nivel de nación?

DIEGO: Me doy cuenta.

DAVID: Nos tienen montada una campaña. Que si Hungría en el 56, que si Praga en el 68, que si Stalin... ¿Qué tiene que ver con nosotros? Somos una pequeña isla en el Caribe, una nación con apenas cien años de historia. La Segunda Guerra Mundial terminó en el 45, Stalin murió en el 53. Yo ni había nacido. ¿Por qué a los americanos no los culpan cada mañana de que Harry Truman tiró la bomba atómica, o a los alemanes, del nacimiento? ¿Cómo les caería el desayuno?

DIEGO: No justifiques a Stalin con Truman. Y no estamos hablando de la Historia, estamos hablando de mí.

DAVID: Lo que quiero decir es que es lamentable, pero comprensible, que a veces cometamos errores. Ocurre en todas las Revoluciones verdaderas. Los errores, Diego, no son la Revolución. Comprende eso. Son la parte de la Revolución que no son la Revolución.

DIEGO: ¿Y a la cuenta de quién van? ¿Nadie responde por ellos? ¿Borrón y cuenta nueva? Querido, no es lo mismo para el que dio la bofetada que para el que la recibió. ¿Me quieres decir que en el comunismo es donde los maricones vamos a ser felices? ¿Va a llegar el día en que pueda montar la exposición que me dé la gana?

DAVID: Sí. No va a caer del cielo. Tendremos que luchar. Los homosexuales y los que no lo son. Siempre se puede luchar, tú mismo me lo has enseñado. A los homosexuales los tratan mal en todas partes.

DIEGO: No me importa cómo la pasan en Australia; me importa cómo la pasamos aquí. ¿Si te encuentro en la calle podré saludarte sin que te avergüences ni te perjudique?

DAVID: Mira, Diego, no te lo sé explicar, pero tengo la razón. Tengo que tenerla. Si no, la Revolución no sería la Revolución. La historia no ha terminado.

DIEGO: Tú aún crees, David. Me emociona y reconforta. Si todavía hay gente que cree es que quizás los sueños son verdad y estamos salvados. Lástima que tus compañeros te han dejado incluso sin palabras. No sé si comprendes la responsabilidad que asumes: ilusionar a los demás. Cuando uno tiene ilusiones se llena de energía. Miles y miles nos llenamos de energía en este país. Y no se puede jugar con la energía, querido. Si se transforma en decepción u odio puede ser más destructivo que la bomba de Truman.

*Se miran en silencio. DIEGO se vuelve y se aleja al fondo del escenario. El resto de la escena se oscurece. DIEGO coloca un disco en el fonógrafo y comienza a oírse una música suave y melancólica, que él escucha de espaldas al público. Cuando se vuelve, mira con interés hacia el punto donde se encontraba DAVID, y éste se ilumina. Allí está MIGUEL.*

MIGUEL: ¿Tú eres Diego?

DIEGO (*interesado en la buena pinta de MIGUEL*): Sí.

MIGUEL: Yo soy un amigo de David. ¿Puedo entrar?

DIEGO: ¿Le ha pasado algo a David?

MIGUEL: No. Él está bien.

DIEGO: ¿Entonces? ¿Te pidió que vinieras?

MIGUEL: Déjame pasar. Los vecinos no tienen por qué enterarse, ¿no?

DIEGO: Sí, disculpa. Pasa.

*MIGUEL entra. Se torna agresivo.*

DIEGO: ¿Cuál es el problema?

MIGUEL (*saca un papel del bolsillo*): Vas a firmar este papel.

DIEGO: ¿Firmar ese papel? ¿Qué cosa es ese papel? ¿David te mandó a verme?

DIEGO: Yo sé todo sobre ustedes. Tu caso no me importa, pero David es militante y estudia en la universidad. Firma aquí.

DIEGO: ¿Firmar qué? ¿Algo que perjudica a David? Tú estás loco. ¿Tú tienes idea de lo que me estás pidiendo? David no ha hecho nada. ¿Qué es lo que tú piensas?

MIGUEL: Cálmate. No te pongas nervioso. Va a ser peor. Esto no es contigo. Lo mejor que puedes hacer es acabar de firmar el papel.

DIEGO: Ya te dije que no voy a firmar ningún papel. Mira, hazme el favor de irte.

MIGUEL: Oye, no vayas a equivocarte. Yo sé muy bien quién tú eres y en lo que tú andas.

DIEGO: Yo ando en lo que me da la gana. ¡Te dije que te fueras de mi casa!

MIGUEL: Ah, pero si es guapo. Baja la voz. Al que menos le conviene un escándalo aquí es a ti.

DIEGO: Pero, ven acá, chico. *(Sube la voz.)* ¿Tú piensas que yo le tengo miedo a los escándalos?

*(Más alto:)* ¿Qué es lo que tú quieres? ¿Un escándalo? Además, para que te enteres, David es cuarenta veces más hombre que tú.

MIGUEL: Míralo como defiende a su maridito.

DIEGO: Me estás cansando, ¿sabes? Tú de David no vas a decir... *(Lo agrede.)*

MIGUEL *(tratando de esquivarlo)*: ¡Muchacha, estáte quieta; eh muchacha!

*DIEGO se impone.*

DAVID *(entra)*: ¡Diego, Miguel! ¿Qué coño pasa aquí?

DIEGO *(fajando con MIGUEL)*: Este que es un maricón.

*DAVID logra zafar a DIEGO y se enfrenta con MIGUEL, quien recibe un puñetazo y cae. Se levanta y aparta, esquivando la bronca.*

MIGUEL: Así te quería ver, David Álvarez, defendiendo a tu mujercita.

*DIEGO hace por irle arriba. DAVID lo retiene.*

DIEGO: Déjame, David, déjame. Lo que quiere es joderte.

MIGUEL *(retirándose)*: Esto no se va a quedar así, David Álvarez. Esto te va a costar muy caro.

DAVID: ¡El coño de tu madre!

*Apagón. Cuando vuelve a iluminarse el escenario, DAVID está solo en escena. Pensativo, atribulado, guarda silencio por unos instantes. Luego se dirige al público.*

DAVID: Una tarde, cuando llego para el té, Diego sólo entreabre la puerta. *(Imitando a DIEGO:)* «No puedes pasar, querido. Tengo aquí a uno que no quiere que le vean la cara y la estoy pasando de lo mejor. Ven mañana. Chao». *(Como DAVID, en situación, extrañado:)* ¿Un tipo a las cinco de la tarde, a la hora de nuestro té?

*Receloso, se aleja unos pasos. Regresa, se oculta. Entra DIEGO. Mira a uno y otro lado, inquieto. Cuando cree el terreno libre, sale a toda prisa, nervioso. DAVID lo sigue. DIEGO sale de escena. DAVID lo observa de lejos.*

DAVID: Extranjeros, un carro diplomático, les enseña papeles. Se va con ellos.

*Se escucha el ruido de un carro que se pone en marcha y se aleja rápidamente.*

DAVID: Entonces todo era verdad. Dios mío, Miguel estaba en lo cierto, los dogmáticos llevan la razón. Los maricones son traidores por naturaleza, por pecado original. No soy más que un comierda dispuesto a creer cualquier cuento bonito. ¡Lo voy a esperar! ¡Hasta la hora que sea!

*Al fondo del escenario, DIEGO regresa con papeles. Inquieto, abre la puerta del apartamento, entra. Enseguida guarda los papeles. DAVID irrumpe violentamente.*

DIEGO: ¿Tú aquí? ¿A esta hora? No me dirás que estás celocito. Ya el novio se fue.

DAVID: Te vi cuando subías al carro diplomático.

DIEGO queda anonadado.

DIEGO: No es lo que piensas, David.

DAVID: Desembucha. ¿A qué grupo contrarrevolucionario perteneces? ¿Con qué embajada colaboras? Ahora me lo vas a decir.

DIEGO: No es nada de eso. Te lo juro.

DAVID: ¿Por quién vas a jurar? ¿Por la amistad? Tú no crees en nada ni en nadie. (Se agarra los genitales.) Esto es lo que te importaba. Te llevo a la policía, maricón de mierda.

DIEGO: ¡No es eso, David! ¡Me voy! Me voy del país. Me voy no, me botan.

DAVID: ¿Qué quieres decir?

DIEGO: Son amigos que me ayudan a salir. (Le muestra los papeles.) Mira: el pasaporte, los papeles, revisalo todo.

DAVID: ¿Cómo que te botan? ¿Qué has hecho?

DIEGO: ¡Yo no he hecho nada! Ser maricón. La exposición de Germán. No sabes el vuelo que tomó eso. Delante de ti pasan las cosas y no las ves. Nunca tuve licencia en el trabajo: me sacaron. Alguien me acusó. Presentaron «pruebas» contra mí. Dicen que hago propaganda, que bebo *whisky*, que colaboro con extranjeros, que pervierto a los jóvenes.

DAVID: Por eso te pondrán una sanción. No te pueden botar.

DIEGO: Ay, David. No me ponen en el aeropuerto, claro. No creas que fue tan fácil conseguir el pasaporte. Pero con esas notas en el expediente, ¿quién me va a dar trabajo?, ¿quién se va a arriesgar por mí?, ¿cómo me gano la vida? Sólo me queda la agricultura o la construcción; y dime, ¿qué hago yo con un ladrillo en la mano?, ¿dónde lo pongo?

DAVID: No te puedes ir, Diego. Hay que vivir aquí, sufrir aquí, tú mismo lo has dicho. Virgilio, Lezama, Dulce María, nunca se fueron.

DIEGO: Ellos eran grandes. Yo no, yo no soy más que un mariconcito con buena memoria.

DAVID: No es verdad. Resiste, coño. ¿Qué resuelves con huir? ¿Dejarle el país a los que no saben quererlo? ¿Crees que adonde quiera que vayas no se van a aprovechar de ti? Esos que ahora te ayudan luego te van a exigir. ¿Y qué vas a hacer? ¿Escribir artículos renegando de las cosas que amas? ¿Firmar cartas contra tu país, contra mí?

DIEGO: El que firma cartas lo mismo las firma allá que aquí. No voy a hacer eso. Eso es lo que pasa con ustedes: juzgan a todos por igual.

DAVID: Lo harás. Si no, no vas a encontrar trabajo, no podrás renovar el pasaporte, no te darán residencia. Vamos a luchar en el espacio que nos pertenece.

DIEGO: No puedo, David, no puedo. Perdóname. Se puede ser maricón y fuerte. Lo sé. Los ejemplos sobran. Pero no es mi caso. Yo soy débil y el mundo de ustedes no está hecho para los débiles. Al contrario, ustedes actúan como si no existiéramos, como si fuéramos así sólo para mortificarnos. Me aterra la edad. No puedo esperar diez o quince años a que ustedes recapaciten, si alguna vez van a hacerlo. Quiero hacer cosas, tener planes, viajar, pararme ante el espejo de *Las Meninas*. Dime, ¿no tengo derecho? A mí me gusta ser como soy. Si quieres, échame toda la culpa. (Se deja caer en una silla, exhausto.)

*Apagón lento. Al volverse a iluminar el escenario, DAVID está sentado en la butaca especial sumido en profundo silencio. Las pertenencias de DIEGO están a medio empacar. DIEGO entra, enseguida capta el abatimiento del amigo.*

DIEGO (*con forzado entusiasmo*): Antes de que vengan a hacer el inventario llévate mi máquina de escribir, la cocinita eléctrica y el abridor de latas para tu mamá. Deja algunos libros y discos para despistar. (*Abre una caja y saca unas fotos.*) ¿Qué hay aquí? Mis fotos de La Habana, un verdadero tesoro. Son tuyas. A ver, ¿qué más quiero dejarte? El ejemplar de *Paradiso* con la firma inconfundible del autor; esta pluma fuente de Virgilio Piñera; y mira, las tazas en que tanto té hemos bebido. Como te dije, son de porcelana de Sèvres y pertenecieron a la familia Loy-naz del Castillo. Ahora te pertenecen a ti. ¡Cambia esa cara, muchacho! A ver, ¿por qué no aprovechas y te bajas los pantalones? Te advierto: soy incapaz de recordar a un hombre al que no le haya visto la pirinola. Total, que la tuya me la imagino: una palomita en su nido. Aunque déjame decirte, hay muchachos así como tú, tiernos y espirituales, que sin embargo, cuando se desnudan se mandan tremendo fenómeno. Sácame de dudas.

DAVID: ¿Y si escribimos una carta? ¿O pedimos una entrevista? Eso, le has hecho favores a muchísima gente. Piensa a quién pudiera ser. No tienes que ir tú. Voy yo y explico el caso.

*DIEGO lo mira con tristeza. DAVID comprende el sin sentido de sus propuestas.*

DAVID: Quiero pasear contigo.

DIEGO: No es necesario, David. No tienes culpa de que me tenga que ir.

DAVID: Llévame a los lugares de La Habana que más te gustan, a tus sitios preferidos. Luego almorzamos en un restaurante. Yo pago, tengo dinero. Por favor.

DIEGO: Está bien: concedido. El postre va por mí.

*Con entusiasmo, los actores reconstruyen la primera escena; la misma mesa del principio, el mismo lugar. La abordan cada uno por un lado con sendas copas de helado. Se sientan. Se miran divertidos.*

DIEGO: Ha sido un almuerzo fabuloso.

*Cuando va a probar el helado, DAVID lo detiene con un gesto. Propone un cambio de copas. Lo efectúan.*

DAVID (*caricaturizando a DIEGO*): No pude resistir la tentación. El helado es lo único bueno que hacen en este país. ¡Uy, qué veol! ¡Una fresa! Me encanta la fresa. A ti, ya veo, el chocolate. La dejo para lo último, y si alguien quiere, no seré egoísta. ¿Alguien quiere? Ella es muda.

DIEGO: Qué maravilloso eres, muchacho. Tu único defecto es que no eres maricón.

*Pausa larga.*

DIEGO: Me voy mañana. Esta es nuestra despedida. Quiero decirte las últimas palabras. (*Pausa.*) Deja ver si puedo, porque se me cae la cara de vergüenza. No soy tan noble ni tan limpio como piensas, David. Fui doble muchas veces, muchas veces te dije una cosa por otra. El día que nos conocimos, nada fue casual. Yo andaba con Germán y cuando te vi apostamos a que te llevaría a casa y te metería en la cama. La apuesta fue en divisas. La acepté para animarme. Siempre quise conocerte, pero me infundías un respeto que me paralizaba. Cuando te

derramé el té encima era parte del plan. Tu camisa en el balcón indicaba mi triunfo. Germán, naturalmente, lo ha regado por ahí, y más ahora que me odia. Yo nunca lo confirmé pero tampoco lo desmentí porque en el fondo me gustaba que me relacionaran contigo. No te preocupes demasiado. Que esa duda flote alrededor de un hombre lejos de perjudicarlo lo beneficia porque muchas mujeres, procurando salvarlo del mal camino, caen en sus brazos. ¿Me perdonas?

DAVID: Tampoco yo fui tan limpio. No regresé a tu casa porque me interesara tu amistad. Regresé a vigilarte, a reunir pruebas de que eras un miserable y no merecías vivir en esta sociedad. Miguel y yo queríamos denunciarte. Como sabía que te gustaba, queríamos aprovechar tu debilidad.

DIEGO: ¿Y qué pasó? ¿Descubriste que era un monstruo o no?

DAVID: Tú sabes lo que pasó. Descubrí que yo no soy así. Daría cualquier cosa porque no te fueras, Diego.

DIEGO: No tienes responsabilidad. No pienses eso.

DAVID: Sí tengo. No sé qué hacer, a quién acudir, cómo defenderte. Seguiré siendo culpable hasta que aprenda a evitarlo. ¿Me perdonas tú?

DIEGO (*haciendo caricatura de sí mismo*): Exquisito. En casa tengo una biblioteca con las últimas novedades. ¿Quieres llegarte de un saltico y escoges los libros que te gusten?

DAVID (*asume el juego*): Yo no voy a casa de..., gente que no conozco.

DIEGO: También tengo una botella de *whisky*, auténtico.

DAVID: Sí es así... Vas delante y yo detrás.

*DIEGO se levanta y se aleja unos pasos. Se detiene, DAVID se le une. Salen, el brazo de uno sobre el hombro del otro.*

FIN